

la realidad y, por el otro lado, el hijo Rudi quien, a pesar de todo, está buscando una salida, mientras que todo lo demás está siendo destruido. También la tendencia de los fascistas de borrar de su memoria su participación en el crimen, de esconderla tras la fachada de felicidad familiar. Bajo esta perspectiva sí que se puede decir que la serie está elaborando un tema: el de la tendencia a suprimir las partes negativas del Yo, y la de escaparse de la realidad, tendencias que se materializan en el mantenimiento rígido de los roles dentro de la familia; es el tema de lo precario que es la felicidad familiar, un tema del que todos tenemos alguna conciencia, y sobre todo aquellos receptores que pasan mucho tiempo delante del televisor; para ellos se fabrican estas series «populares», y son ellos quienes en general tienen mucho que suprimir dentro de sí mismos.

LA CAIDA DE LA ESTRELLA

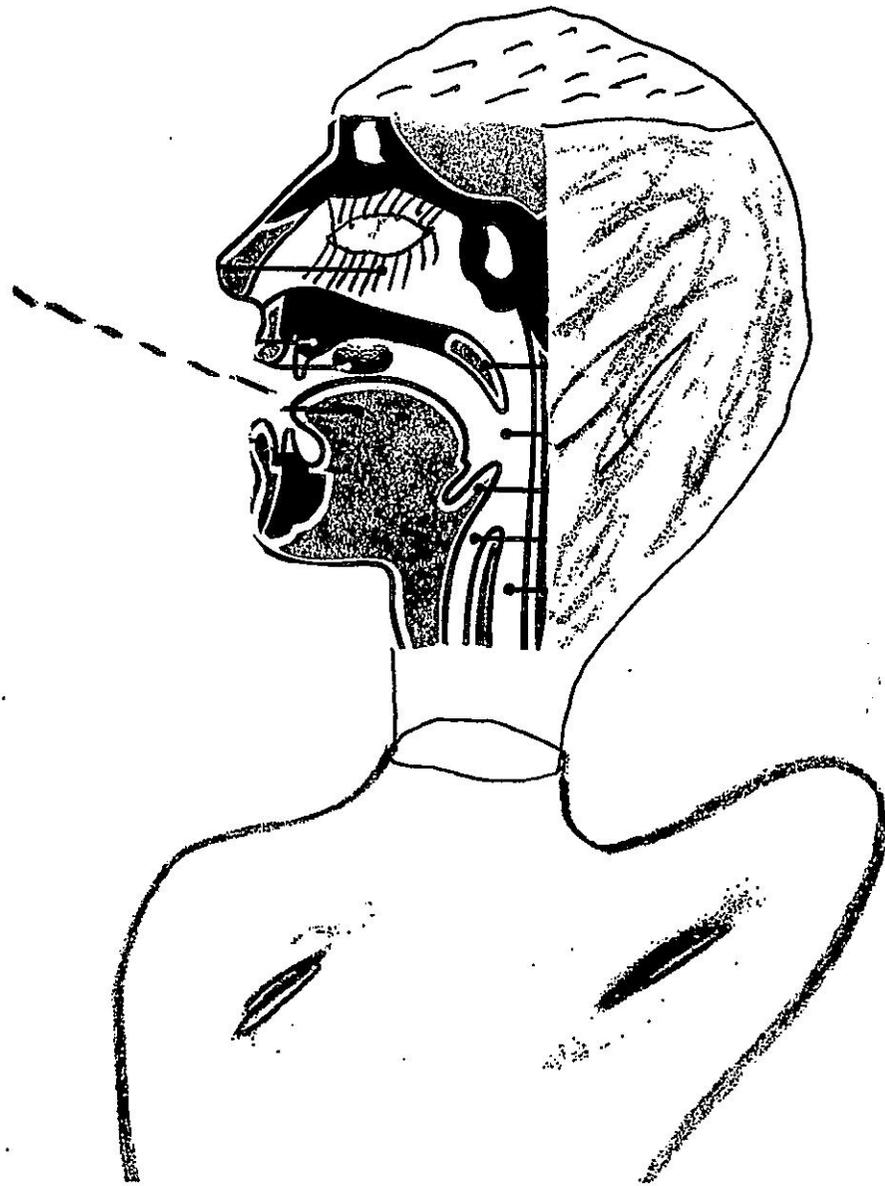
JOSE MANUEL GUTIERREZ SOUSA

Se consultaron los infolios escritos por el noiso Raúl Domingo, se revisaron los textos apócrifos relacionados con el futuro, y se volvió a encontrar la misma revelación: el contahuasino Julio Demóstenes había tenido un sueño que dejó sorprendidos a sus seguidores, terminó por volverse contradictorio, pensó en cosas absurdas, hacerse rabino y defender la existencia de un dios ajeno a sus emociones, mientras que los noisos sostenían la imposibilidad de conocer el nombre del altísimo, ya que cada cierto tiempo variaban los nombres de los altísimos de acuerdo con los deseos y ambiciones de cada comunidad. Afirmaban, conforme lo escribió el noiso Raúl Domingo y lo difundió por las calles de Malazaña el predicador Fernando Sastre, que la última raza que sobreviviría al planeta serían los bronces, y correspondía a la quinta evolución; esta raza sería la más activa en asuntos del espíritu y capaz de recordar todas las existencias pasadas. Fernando Sastre se basaba en las últimas experiencias que había tenido Raúl Domingo después de muerto, cuando fue depositado en su caja, mientras que el otro Raúl Domingo que estaba al lado de su cuerpo, al ver semejante ritual mortuario y no aceptándose ya desprendido de su envoltura, se preguntó:

—¿Dónde estoy? Vio a sus padres, amigos y hermanos y al vecindario de Arrieros que fue a llorarle, en reconocimiento por los buenos servicios de Yerbero que prestó a la comunidad y, no soporándose más en el silencio, dijo:

—Y éstos ¿qué hacen? ¿A quién lloran?

Afortunadamente, el predicador Fernando Sastre, fiel defensor del noísmo, intuyó los gritos de Raúl Domingo y decidió evacuar la sala. Una vez que estuvo solo, ya sin ninguna consideración por las conocidas leyes sociales que prescriben lugares determinados para los difuntos y zonas esféricas para las almas, Raúl Domingo apoyó calmadamente sus manos en los lados del catafalco y moviendo la cabeza con desgana le preguntó al predicador: ¿qué es esto?



Fernando Sastre no le respondió, sabía que su alma, desesporada aún, volaba alrededor del cuerpo, pero hizo los gestos necesarios para hacerle comprender que ya había dejado de habitar el planeta Tierra.

—¿Yo? ¿Será posible?

El predicador meditó unos minutos más y Raúl Domingo volvió a incorporarse; pidió que le quitara esa ropa negra y, moviendo las manos como quien da órdenes, dijo:

—Llévense ese ataúd al patio y háganlo leña; al oír tales palabras, la gente no pudo contener su curiosidad y entró en la sala mortuoria, donde contempló al desertor del sepulcro.

Maravillados por la resurrección, decidieron tocarle con sus manos: resucitado está, ha vuelto de las sombras.

Lo primero que le pidieron fue la descripción sobre el paraíso, pero como no era cristiano, no había visto ningún cielo ni dios.

—¿Y el alma? —preguntó un notable vecino de Arrieros, que varias veces había sido curado del mal de ojo por las hábiles oraciones de Raúl Domingo.

—¿El alma?, es la luz.

Todo lo que pudo decir de su viaje al más allá fue haber visto una noche, un mar de aguas negras donde se reflejaban varias lunas y sobre las aguas negras danzaban miles de sombras.

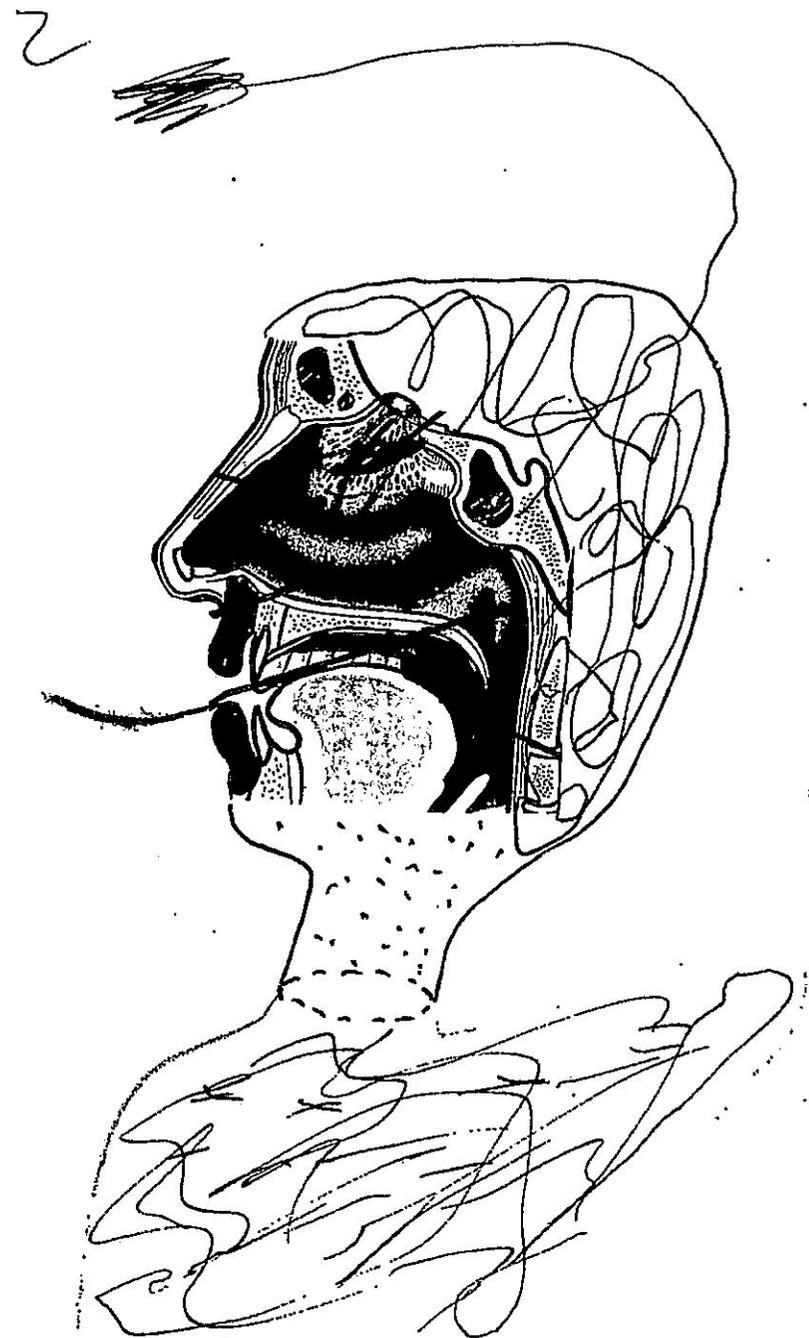
Este sueño fue difundido como profecía, se hubiera querido consultar con el brujo Krufú Orifús, pero él se encontraba en la guerra de los desfiladeros, al otro lado del Majes, donde las tropas insurgentes del noiso Pocho Ríos se abrían camino por el desierto.

El mismo sueño tuvo Julio Demóstenes quien hacía años había abandonado a los religiosos caníbales de Krufú Orifús, al participar en un ceremonial al sol, donde contempló el sacrificio del mejor discípulo, llamado Eznoizos, preparado hábilmente para soportar el dolor y dar su vida a los demás.

Eznoizos fue troceado en treinta partes por el maestro K.O.; Julio Demóstenes asegura que las partes fueron cincuenta. Al anochecer bebieron un preparado que les dio el maestro, y luego comieron al hermano Eznoizos. Terminado el ceremonial, lanzaron los huesos alrededor del fuego para que volvieran a la madre tierra.

Julio Demóstenes subió a su hamaca y cuando ya estaba a punto de dormir sintió que alguien le movía la hamaca, y oyó a Eznoizos, reclamarle su porción de carne devorada; Julio Demóstenes saltó desesperado en busca del maestro y conferenciaron.

—No has tenido fe, anda y piérdete por la selva hasta que te encuentres.



Julio Demóstenes argumentó con ciertas razones su deseo de permanecer aún con ellos y participar de la iniciación amorosa de las hermanas Asuli y Nekar, quienes se habían preparado para ser entregadas a los devotos. La iniciación estaba llena de encanto y erotismo: después de orar y cantar a los astros, iniciaban la copulación con un ritualismo muy poco común en otras sectas adoradoras del sol. Al tercer día de las festividades las dos hermanas fueron sacrificadas y sus trozos distribuidos entre los hermanos devotos, que celebraron el bocado sagrado con cánticos al sol.

Desde los muros del Deseo donde se hallaba el templo de los orifusitas, Julio Demóstenes se bañaba en lágrimas al pensar que en otra existencia, una de las sacrificadas, Nekar, había sido su preferida.

Pero nadie prestó oído a su llanto; entonces tomó su talega y, amarrándose bien los zapatos, se alejó sin rumbo.

En una calle que ya no recuerda, al sueño se agregaba la presencia de alguien a quien llamó dios o el sin nombre, estaba en el fuego.

Le dio un nombre grabándolo en sus manos y luego lo envió a este planeta a cumplir con su ciclo vital. También decía que durante su regreso a la tierra vio a numerosos seres perdidos en el espacio vagar en busca de luz.

Los que se unieron al camino le pidieron que describiera a ese alguien que vivía en el fuego; él se negaba, era muy posible que aquel ser aparecido fuera Eznoizos, ¿cómo estar seguro?

Seguía meditando en el sueño de las tres lunas, luego recordó un mar de aguas negras, suplicó y derramó lágrimas para que sus seguidores le interpretaran el sueño:

—No olviden que ese alguien me gritó por dentro: «mortal, en tus manos escribo el nombre único e invisible que sólo yo podré leer, aquí dibujo también lo azoroso de tu vida».

¿Quién sabe algo de símbolos, qué mago puede describir lo que se anuncia para el mañana, por qué tengo que soñar con playas orientales si nunca estuve allá, no conozco desiertos sino montañas de ichus...?

Nada confirmaron los prestigiosos cartógrafos de la ciudad Salomone, al describir el mar negro donde danzaban sombras etéreas; se sabía por hechos del pasado que donde estaba el mar había existido la civilización de los Ajitas, que desapareció por las erupciones continuas del Pasodongo.

Otra vez volvió a tener sueños terribles, vio a Raúl Domingo predicando la llegada de un tal Eznoizos.



Desesperado por la revelación, Julio Demóstenes trataba de vomitar introduciéndose los dedos en la boca, pero acaso sabía él que ese Eznoizos, que antaño devoró en la selva, era parte de un artífice que llevaba adentro, o de un demonio orífusiano que le hacía ver el mañana.

De esto vino a darse cuenta relejendo uno de los infolios del noiso Krufú Orifús, Oda a Baanún, libro prohibido por apóstata y maldicionero.

Saliendo de sus meditaciones, Julio Demóstenes se dijo: recuerdo que las lunas tenían coronas de olivo y sudaban varias gotas que cayeron al mar de aguas negras levantando grandes llamas que sobrepasaron las nubes, luego vi un águila que con un ala rota *volaba en picada*; ¿qué significa?

Y, alejándose más de la aparente realidad, ingresó al sueño y vio peces muertos, eran las almas de las víctimas que serían eliminadas en el mar de aguas negras; las piedras grabadas era el cumplimiento de la ley y la sal de los mares el destino que tiene que recorrer todo viviente.

—¿Y el ala rota del águila?

—Es la caída del imperio más grande de la Tierra, para él alumbran la luna, le están anunciando su fin.

—¿Y ese velo morado que envuelve oro?

—¡Eso!

—Sí.

—Los hijos de la luna terminarán con los de la estrella... Que leo cómo nace el mundo de los escombros, nace el pueblo danzante que en otro tiempo fue sombra.

Julio Demóstenes hojeó con prisa el libro y en la segunda parte había un verso que decía: «este milenio termina con la caída de la estrella».